

Una reflexión sobre el concepto de bebé

A Reflection on the Concept of Baby

Isabel Santis Silva*

Resumen

Este artículo corresponde a una reflexión, hecha desde diferentes ciencias, sobre el concepto de bebé en la actualidad. La sociedad incide tanto en la forma en que criamos a los bebés y a los niños, como en la forma en que vivimos y en la que interactuamos los seres humanos. El modo de crianza, de vida y de interacción entre las personas moldea progresivamente nuestra organización mental y las representaciones que tenemos del mundo y de nosotros mismos. Las emociones placenteras del bebé se contribuirán significativamente a que desarrolle una afectividad sana. La educación debe tener lugar en espacios educativos que promuevan interacciones positivas y en los que se respete a cada individuo.

Palabras clave: educación preescolar, bebé, dinámica relacional, emociones, sincronía afectiva.

Abstract

This article is a reflection, made from different sciences, on the concept of the baby today. Society is as much about how we raise babies and children as it is about how we live and interact. The way people are raised, live and interact progressively shapes our mental organization and the representations we have of the world and ourselves. The baby's pleasurable emotions will contribute significantly to the development of a healthy affectivity. Education must take place in educational spaces that promote positive interactions and in which each individual is respected.

Keywords: pre-school education, baby, relational dynamics, emotions, affective synchrony.

* Profesora de Educación Parvularia, Universidad de Las Américas. Educadora de Párvulos, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación; profesora de Educación Especial y Diferenciada, Pontificia Universidad Católica de Chile; Magister en Educación Diferencial con Mención en Trastornos de Comunicación, Audición y Lenguaje, Universidad Mayor. Correo electrónico: isantis@udla.cl.

Según la definición del Diccionario de la lengua española, un *bebé* es un ‘niño o niña recién nacido o de muy corta edad’. No especifica exactamente hasta qué edad es considerado bebé. En términos etimológicos, se reconoce que la palabra fue tomada del francés *bébé*, que a su vez se incorporó del inglés *baby*, palabra que, al parecer, hace referencia a los balbuceos. Por lo tanto, y en virtud de ello, se podría pensar que se es bebé hasta la aparición de la palabra. Entonces, no se podría pensar en bebé en otra especie que no fuera la humana, ya que esta es la única especie que posee el lenguaje. Sin embargo, se debe reconocer que no todos los bebés producen sus primeras palabras al mismo tiempo y existen otros que nunca van a producir una palabra. Si pensáramos, por tanto, que los juegos prelingüísticos y, específicamente, el balbuceo son condiciones primordiales para ser denominado *bebé*, claramente no se estaría en lo correcto. Ser bebé implica mucho más que eso, por lo que se indagará en otras características propias de nuestra especie y que pueden dar luces de lo que significa ser un bebé en la actualidad.

Bebé humano

Para el doctor Michael Odent, ser un bebé es ser un mamífero, lo que deja expresado en su libro del mismo nombre, en el que señala las múltiples características comunes que compartimos con ellos y que no han sido consideradas, sobre todo, a la hora del parto.

Ser un ser humano significa ser un animal que pertenece a la familia de los *Homo sapiens*; por lo tanto, quien ha alcanzado el nivel más alto en la escala evolutiva, hecho determinado por una serie de características, principalmente por el cerebro, órgano de gran desarrollo.

La evolución de nuestro cerebro es una historia de crecimiento, expansión y especialización, que en la actualidad nos diferencia significativamente de otras especies. Silvana Quattrocchi (2007) señala cómo en la vida individual de cada uno de nosotros se recapitula toda la evolución, comenzando desde una única célula, hecho que ocurre en el momento de la concepción. Asimismo, se refiere a tres componentes que se superponen entre sí y que inciden en la personalidad que cada uno de nosotros desarrolla. El primer componente se relacionaría con la etapa histórica de reptil, la que nos aportaría el instinto de autoconservación, el sentido de individualidad, la defensa del territorio y la necesidad de privacidad. El segundo componente se relacionaría con los mamíferos inferiores y tendría que ver con la conciencia social, las relaciones de sentido de pertenencia, el cuidado de los hijos, la compasión hacia los semejantes y la preservación del grupo. El tercer componente, a su vez, estaría relacionado con los mamíferos superiores, y consiste en capacidad para discriminar sensorialmente de forma refinada, la atención especial al ambiente externo, el pensamiento racional y la capacidad de resolver problemas de la vida de forma creativa. En los seres humanos, dado que la corteza cerebral se ha desarrollado tanto que necesita doblarse repetidamente para estar dentro de la cabeza, el elemento a destacar en esta etapa posterior de nuestra evolución es el desarrollo de la corteza prefrontal y, con ella, la capacidad del pensamiento racional y la posibilidad de entender el espacio y el tiempo para anticiparse al futuro y recordar el pasado. El bebé humano tiene enormes posibilidades cerebrales, hecho que debiera considerarse para potenciarlo incluso desde la etapa prenatal. En este sentido, los avances de las neurociencias

cias nos permiten hoy conocer aspectos relevantes de la anatomía y la fisiología del cerebro que se establecen a partir de las experiencias que se vayan teniendo y que otorgan una enorme responsabilidad a quienes acompañan al bebé durante su desarrollo.

La neuróloga Amanda Céspedes (2007) señala:

“El cerebro humano posee dos características que lo diferencian del resto de los cerebros en la escala zoológica: una maduración lenta y laboriosa, que se lleva a cabo durante las dos primeras décadas de la vida, y una amplia y ávida apertura a la experiencia, la cual lo va modificando durante esos fructíferos veinte primeros años; esta característica se denomina “plasticidad cerebral”, término que alude a una gran versatilidad de la estructura y funcionalidad cerebrales. Si bien estas dos décadas son extraordinariamente generosas en cuanto ventanas de oportunidades, constituyen también un largo período de vulnerabilidad a la multiplicidad de agentes adversos ambientales que pueden dañar tan delicada estructura desde los inicios del proceso. Dicha vulnerabilidad es máxima los primeros treinta y seis meses de vida”. (p. 13)

Hoy en día, gracias a los avances tecnológicos, se sabe que en esta etapa de la vida se producen múltiples procesos de crecimiento neuronal: al nacer, el peso del cerebro de un bebé equivale al 20 % del peso del cerebro de un adulto, pero a los dos años ya se ha desarrollado cerca de un 80 %. Para que eso suceda, la nutrición, la hidratación y las acciones sobre y con los objetos y las personas son determinantes, pero no tan solo lo que ocurre después del nacimiento incide: hoy se sabe que también aquello que sucede en la etapa prenatal influye en ello. “La formación de espinas dendríticas depende también de estímulos que comienzan a ingresar al cerebro desde la etapa fetal en adelante; así, los fenómenos acústicos y propioceptivos provenientes de la madre y del feto, como movimientos, ruidos intestinales, latido cardíaco y estímulos acústicos provenientes del exterior que llegan en sordina a la cámara amniótica, son poderosos estímulos sinaptogénicos, a la manera de arcaicos formatos cognitivos, motores, sensoriales y emocionales” (Céspedes, A., 2007, pp. 14 y 15).

No tan solo es lo anatómico y funcional lo que da el sentido de humanidad a un bebé. Según Humberto Maturana, sería la dinámica relacional de la biología del amor lo determinante. “El amor es una emoción, un modo de convivir, una clase de conductas relacionales entre seres vivos. El amor como aspecto de la realización del convivir es un fenómeno biológico” (Maturana, H., 1998, p. 10). Esto significa que, como ser vivo, y más aún como ser humano, el bebé viene con la disposición relacional, y que será mediante la experimentación del amor que su humanidad se manifestará en todo su potencial.

Otra característica de nuestra especie es la inteligencia y la capacidad de aprender durante toda la vida lo que se relaciona con la confianza, la contención emocional y el cuidado de la integridad. Si se considera siempre que los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, esto hace que sean siempre perfectibles en su humanidad, para lo cual requieren de entornos que promuevan justamente su libertad y sus derechos de manera digna. Desde el punto de vista de la pedagogía, estos elementos se deben poner en práctica a través de una concepción humanista que demuestre certeza en la potencialidades de los niños y niñas y que busque la visualización constante de los principios pedagógicos de bienestar, actividad, singularidad, potenciación, relación, unidad, significado y juego.

Bebé social

El hombre no puede vivir en soledad o, al menos, no podría hacerlo de manera humana, porque desde los primeros tiempos ha estado junto a los demás quizás para sobrevivir, pero la unión a otros ha constituido la forma en que el hombre se ha manifestado frente a la vida y, en consecuencia, cómo se ha desenvuelto en ella y cómo ha expresado su humanidad.

Barudy (2009) señala que las investigaciones antropológicas han relacionado los estilos de crianza de las comunidades con sus sistemas de organización social, como lo que sucedió en la época de los recolectores y cazadores en que la crianza no se limitaba solo a la madre, sino que incluía a todos los miembros de la tribu. Eso hacía que toda la comunidad se responsabilizara del bienestar de cada niño o niña promoviendo sentimientos de confianza básica, por lo que las emociones presentes eran de confianza, solidaridad y respeto. Estas sociedades se organizaban en torno a relaciones horizontales.

Posteriormente, aparecieron los grupos de pastores y agricultores que dejaron de ser nómades; ello significó que también cambiaran los estilos de crianza: aparecieron las madres exclusivas, dedicadas únicamente a la crianza. En estas comunidades se establecieron las jerarquías, y los niños aprendieron a ser respetuosos de ellas. Esto nos indica que la forma de crianza está relacionada con la forma de sociedad en que se vive. En este sentido, tenemos que plantearnos cómo es la organización social actual en la que vivimos, porque según ella es cómo estamos abordando la crianza de nuestros bebés. Muestra de ello son las diferencias que existen en las diferentes culturas y en las formas en que en ellas se desarrollan los bebés. La organización cultural en que el bebé se desenvuelva obviamente incidirá en la estabilidad de un rasgo temperamental. “En China, cuando la vida del hogar es tranquila, ritual e imperturbable, los recién nacidos se estabilizan enseguida. Por el contrario, en Estados Unidos, unos padres agitados y ruidosos alternan el huracán de su presencia con el desierto de sus reiteradas ausencias” (Cyrulnik, B., 2003: 59). No obstante, existen similitudes en la condición humana, y la esencial es la necesidad de establecer vínculos afectivos.

Lecannelier (2014) señala que, buscando en áreas como la etología, la psicología cognitiva, la teoría evolutiva, incluso la cibernética, Bowlby habría obtenido los insumos para la formulación de su “teoría del apego” y habría sido la exploración de estas áreas del saber lo que lo habría llevado a reflexionar sobre el hecho de que existiría una motivación intrínseca de todos los seres humanos para establecer lazos afectivos continuos con otros seres humanos. Es más, los encuentros sensoriales y afectivos que se producen entre la madre y su hijo irían moldeando la organización mental del bebé. “Acciones tales como mirarse mutuamente, jugar, tocarse, emitir diversas expresiones faciales, cambiar de posturas corporales al interactuar y coordinarse mutuamente son todos procesos que generan patrones mutuos de comunicación y regulación” (Lecannelier, F., 2014: 31).

La *sincronía afectiva* promueve una serie de procesos vitales, como la sincronía de ritmos biológicos, el desarrollo de habilidades de regulación afectiva y fisiológica, las habilidades comunicativas, las capacidades cognitivas, entre otras. En este sentido, y reconociendo los múltiples beneficios que ocasiona la relación entre un bebé y su madre, es que se debe promover al máximo la vinculación entre ellos. Relación que, obviamente, debe sustentarse en el amor, tal como lo señala Humberto Maturana cuando dice que el amor es la

emoción fundamental que guía lo humano: “El amor, como emoción, es el dominio de las conductas relacionales a través de las cuales surge el otro como un legítimo otro en convivencia con uno” (Maturana, H., 1997; 29).

Se dice que el hemisferio derecho es dominante durante los tres primeros años de vida y, en este sentido, la comunicación emocional/gestual espontánea que se produce entre madre y bebé se localiza en él. Esto es importante, dado que sería el hemisferio derecho quien procesaría la información relativa al sentido subjetivo de sí mismo. La interacción afectiva de la madre activa neuronas dopaminérgicas en la formación reticular que promueven estados motivacionales, conductas exploratorias y de orientación. Cuando se interactúa cara a cara con un bebé, se producen neurotrofinas, lo que favorece la creación de sinapsis, plasticidad sináptica y desarrollo de la corteza; también se producen endorfinas que estimulan la conducta lúdica en ambos. “El hemisferio derecho participa activamente en el control de las funciones vitales del organismo que posibilitan la supervivencia y que permiten que el organismo enfrente activamente el estrés” (Lecannelier, F., 2014: 32).

Lo anterior no excluye que el bebé tenga relación con otras personas aparte de su madre, como suele suceder, sino que implica que la relación que se establezca con el bebé debe estar basada en el amor, reconociéndolo como un ser valioso, legítimo y perfecto tal y como es. El sentirse aceptado desde el inicio de la vida por el solo hecho de existir es un reconocimiento al valor intrínseco que existe en el ser único que somos cada uno de los seres humanos.

“Y veo también que la convivencia en la aceptación de la cercanía e intimidad corporal en total confianza y ternura que ocurren en la relación amorosa materno-infantil y en el juego constituyen el ámbito relacional natural que genera en el curso del crecimiento de los niños su transformación espontánea en personas autónomas, responsables y éticas, que no sienten miedo a desaparecer al colaborar con otros en la cocreación de un mundo válido y acogedor para todos los seres humanos, en particular, y todos los seres vivos, en general” (Maturana y Verden-Zöllner, 2011: 17).

Cuando al niño se le dan los cuidados con su colaboración, es decir, se hacen cosas con él y no a él, significa que los pequeños pueden descubrir cuán agradable es la compañía de otros y así comienzan la experiencia social con los demás.

Bebe emocional

“Las emociones preexisten al lenguaje en la historia del origen de la humanidad, porque como distintos modos de moverse en la relación, son constitutivas de lo animal” (Maturana y Verden-Zöllner, 2011: 31).

Los bebés humanos, desde el nacimiento, son capaces de expresar sus sentimientos, lo que se puede ver en sus llantos, sus sonrisas y otras manifestaciones. Para que las emociones fluyan en ellos de manera natural, los bebés deben sentirse seguros y queridos. La visualización que se pueda realizar en cada uno de ellos de sus emociones será de acuerdo al temperamento que posean. La interacción con el mundo y con los demás

implica necesariamente experimentar diversas emociones. En cada interacción con los objetos y las personas es posible observar diferentes emociones en ellos; más adelante, serán ellos mismos quienes reconocerán diferentes emociones en ellos y en los demás. Lo importante es provocar en los bebés emociones placenteras, ya que ellas constituyen la base de una afectividad sana. “Una afectividad sana es el eje en torno al cual germina y se enriquece el intelecto, se fortalece el sistema inmunológico y los distintos sistemas corporales funcionan con la perfección de un reloj suizo, y permiten que el niño transite por la vida de manera armoniosa” (Céspedes, A., 2007: 78).

A nivel cognitivo-emocional, el estado de ánimo se traduce en sentimientos y actitudes existenciales; por ejemplo, la alegría de vivir se transforma en optimismo, la generosidad en bondad y deseos de bienestar para los demás; la motivación se transforma en inquietud intelectual, creatividad, inclinación por lo novedoso. La capacidad de goce también se beneficia haciendo que el espíritu se abra a la trascendencia y a la belleza, principalmente presente en la naturaleza. Por el contrario, las alteraciones del estado de ánimo desencadenan egoísmo, egolatría, pesimismo y, lo que es peor, la pérdida de la capacidad de disfrutar lleva a una excesiva búsqueda de satisfacciones pasajeras que, muchas veces, se transforman en peligrosas y destructivas adicciones.

Es deber, por tanto, que las primeras emociones humanas —alegría y serenidad— sean las más presentes en los bebés.

Bebe comunicativo

El principal elemento que utilizamos para comunicarnos es el lenguaje; esta capacidad es distintiva de los seres humanos. Es una herramienta que nos permite comunicarnos con nosotros mismos y con los demás. El lenguaje debe haber surgido como medio principal para la relación y la comunicación con otros. Si no se hubiera existido la certeza de que había alguien con quien relacionarse y comunicarse, probablemente no habría surgido. “Ya que es imposible mantener la vida sin comunicarse con el ambiente; debemos considerar la comunicación como una necesidad fundamental del ser humano” (Quatrocchi, S., 2007: 104).

Los recién nacidos son capaces de reconocer la voz de la madre desde los primeros momentos: cuando la madre les habla, ellos se vuelven hacia ella. Los niños muestran interés por la voz humana, por lo que uno puede usarla para comunicarse con ellos. Por lo general, es a los dos meses que los bebés comienzan a usar la voz, lo que intensifica si encuentran instancias y situaciones de intimidad como las que pueden surgir en los momentos de cuidado. Los bebés tienen la facultad para realizar intercambio comunicativo y, sobre todo, son receptivos a la forma en que se comuniquen con ellos. Al llegar al mundo, están preparados para comunicarse, y la forma en que lo hacen es primero a través del llanto; posteriormente, se irán entreteniéndose al experimentar sus manifestaciones comunicativas como los gorjeos, laleos y otras vocalizaciones, hasta llegar al balbuceo, cuyas combinaciones de sílabas directas harán posible la emisión de la primera palabra, pero la progresión de todo no es innato. Al llorar, solicitan una respuesta, y en esta primera forma de comunicación poco a poco van comprendiendo que los otros responden a sus demandas, lo que implica darse cuenta de ellas desarrollando una especial sensibilidad para discriminarlos.

Este proceso de intercambio se va consolidando y surge el lenguaje como principal herramienta para continuar comunicándose con los demás y también consigo mismo. De ahí la importancia de promover sus intentos comunicativos de manera receptiva y potenciadora.

En síntesis, entonces:

Ser bebé es ser un humano en una etapa temprana de la vida, libre y con derechos, con capacidad para relacionarse con los demás, sentir diversas emociones, que va desarrollando el lenguaje como forma de comunicarse con los demás y también consigo mismo. Un ser que requiere para su manifestación humana de amor en las formas de relación que se establezcan con él para experimentar emociones de plenitud, como la serenidad y alegría, bases para su emocionalidad sana, que debe ser potenciado en su capacidad de aprender a través del movimiento, experiencias sensoriales y acción sobre los objetos y el mundo, y que construye su concepto de sí mismo según las vivencias que él mismo genera y que los demás y el contexto le hagan vivir.

Referencias bibliográficas

- BUBER, M. (1979). *¿Qué es el Hombre?* Ediciones Fondo de Cultura Económica. Madrid España.
- CÉSPEDES, A. (2007). *Cerebro, inteligencia y emoción. Neurociencias aplicadas a la educación permanente*, Fundación Mírame, PROSA Impresiones, Chile.
- CYRULNIK, B. (2003). *Los patitos Feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Editorial Gedisa Barcelona España.
- LECANNELIER, F. (2014). *Apego e Intersubjetividad. Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental*. LOM Ediciones. Tercera reimpresión.
- MATURANA H. (2003). *El Sentido de lo Humano*. Ediciones Noreste LTDA. Décima edición.
- MATURANA H. (1997). *Formación Humana y Capacitación*. Ediciones Dolmen S.A. Segunda edición.
- MATURANA H, VERDEN-ZÖLLER. (2011). *Amor y Juego* Editorial Comunicaciones Noreste Ltda.
- MATURANA H; DAVILA, X. (2015). *El árbol del vivir*. Escuela Matriztica. Editores MVP
- PERALTA MA. V. (2005). *Nacidos para ser y aprender*. Ediciones Infatojuvenil, Buenos Aires
- PERALTA MA V. (2002). *Una Pedagogía de las Oportunidades-Nuevas ventanas para los párvulos latinoamericanos del siglo XXI* Editorial Andrés Bello.
- QUATTROCCHI, S. (2007). *Un ser humano. La importancia de los tres primeros años*. Editorial cuatrocientos. Cuarta edición.

Webgrafia

- ODENT MICHAEL. *El Bebé es un mamífero* Editorial Ob Stare Cuarta edición
- DICCIONARIO REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. <http://dle.rae.es/?id=5GXBUmj>
- DICCIONARIO ETIMOLÓGICO <http://etimologias.dechile.net/?bebe>